

Toda la correspondencia al Administrador D. G. Osler, Espíritu Santo, 48.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los corresponsales 2'50 la mano.

EL DIA DE UNA ELEGANTE. — 1.^a SERIE. — Por La Cerda.



AL DESPERTAR

COMO MUEREN LAS MUJERES

Las grandes pasiones tienen su origen en el amor, y desembocan en la muerte.

Octavio de Parisís.



CORNELIO Schut era pintor y poeta. Como poeta yace en el olvido; pero quien no ha visto preciosos camafeos del pintor en las guirnaldas de flores del jesuita Seghers, no conoce nada más natural, más delicado y armónico.

Cornelio Schut tenía 27 años, amor á lo bello, sentimiento poético, todo lo que constituye el esplendor y el encanto de la juventud. Vivía alegremente, un poco en el sociedad y un mucho en los fumadores.

Una noche que se hallaba entregado á sus idealismos, en una taberna del puerto, con la pipa en la boca, delante de algunos jarros de cerveza y de algunos amigos, pensó que prodigaba demasiado su corazón y su vida; tomando una súbita resolución, se levantó de la mesa, se encasquetó su sombrero, y tendiendo la mano á sus amigos, se despidió de ellos.

—¿Dónde vas?

—No lo sé; ¡pero adiós!

—¿Cuándo volverás? le preguntó riéndose Pedro Snayers.

—Dentro de dos años, respondió Cornelio Schut.

—¡Dos años! Eso es el fin del mundo.

Cornelio Schut había salido de la taberna, y se dirigió á casa de una querida que le amaba de verdad, una encajera de Malinas, á quien el amor por Cornelio había transfigurado.

Él, por su parte, no había tenido tiempo de amarla, pero quería reparar las horas perdidas. Era una hermosa muchacha morena como una ambernesa que desciende en línea recta de españoles.

—¿Isabel, me amaréis por mucho tiempo?

—Siempre, dijo la joven.

—Pues bien: preparaos á seguirme; partiremos mañana.

—¿Dónde vamos?

—¿Si me amáis qué os importa?

Cornelio Schut abrazó á Isabel y salió.

La historia no dice casi nada de Isabel Van Thurenhoudt, esta hija de Eva, que sólo vivía para ser amada.

Cornelio Schut fué en seguida á buscar á su tío Vandersen.

—Tío mío; según parece, tengo una buena participación en vuestro testamento. De toda vuestra fortuna no reclamo hoy más que á mi amigo Wael, vuestro querido perro. Voy á destrarme voluntariamente para acometer una obra seria. Los Reverendos Padres me han encargado dos *Asunciones* para su iglesia y para su casa de campo. Me hace falta rodearme de una piadosa soledad para hacer una obra que me sobreviva; os lo suplico, querido tío, dadme vuestro perro.

Al otro día, el pintor Cornelio Schut, Isabel

Van Thurenhoudt y el alegre Wael llegaban al ponerse el sol delante de una casita rústica construída en los linderos de un bosque. Ya el pintor había venido allí á meditar. Aquella casita, que era un lugar de citas de caza, dependía de un castillo vecino.

—¿Isabel, me amáis lo bastante para vivir aquí dos años, sin ver otra cara que la mía, y con mi perro Wael por toda amistad?

—Sí, dijo ella con alguna inquietud.

Al cabo de pocos días su vida estaba poéticamente organizada. Largos paseos en los bosques y los prados con el saltarín Wael, dulces protestas de amor, que sólo Dios oía, el bendito trabajo que da paz al corazón; las canciones, las lecturas, los felices ensueños; el almuerzo cerca de la ventana, la merienda á orillas del riachuelo, todo un cuadro de frescura agreste...

Cornelio Schut era dichoso por el corazón y por el talento; el amor de Isabel le había hecho un gran artista; el amor al arte aumentaba su pasión por Isabel.

Era muy bella, pero más encantadora que bella, debido á no sé qué irradiación de ternura que humedecía sus ojos y brillaba en sus labios.

Un día en que se paseaba por el bosque del castillo en tanto que Cornelio Schut pintaba en el taller, el castellano que la había admirado en más de un encuentro, la ofreció á quema ropa su castillo y su mano llena de oro. Ella se contentó con mirarle desde lo alto de su amor á Cornelio Schut.

Hubiéranle ofrecido todas las estrellas del cielo y las hubiera rehusado por una mirada de su amante. Y sin embargo, en otro tiempo se hubiera dejado conquistar por una mantilla de encaje de Malinas.

Al cabo de dos años, Cornelio Schut terminó sus *Asunciones*. Cuando las vió salir para Amberes, le pareció que se llevaban algo de su vida.

—¿Dios mío! ¡Dios mío! pensó Isabel, me amas menos desde que sus cuadros no están ahí.

—Sin embargo, Cornelio Schut empezaba á pensar en su fumadero, en el que, sin duda, fumaban todavía alegremente sus compañeros rodeados de rubias bebedoras de cerveza. Un día, tomando la mano de Isabel, la dijo:

—Ya sabéis que hace dos años que vivimos así sin cuidarnos del mundo.

—Yo no pienso en él, contestó.

—No pensáis en él, respondió con ternura Cornelio Schut, besando la mano de su querida; no pensáis en él, y sin embargo, hoy debemos volver á Amberes.

—¿Hoy? dijo ella palideciendo. ¡Ah! Ya no me amáis.

El pintor, conmovido hasta saltársele las lágrimas, dijo entre transportes de cariño:—Isabel, consentiríais en pasar aún dos años aquí.

—¡Consentir! ¡Es mi mayor anhelo!

Continuaron amorosamente aquella vida tranquila, solitaria y encantadora, sin otras relaciones con el mundo que un pastor de los vecinos prados y una criada de una quinta que ve-

nia diariamente á servirles. Un año trascurrió en este estado. Pero desde los últimos meses del cuarto año, Cornelio Schut, empezó á contar los días.

En Amberes se le creía en Italia. Nadie podía imaginarse que un vividor como él se hubiese retirado del mundo con tal obstinación. Su perro denunció su retiro. Daniel Seghers, estudiando un día por el campo, apercibió al hermoso Wael, á quien quería desde hacía mucho tiempo, y reanudó su conocimiento con él. Sabía que el original Cornelio Schut se había llevado el perro de su tío, y dedujo, que puesto que había encontrado el perro, no tardaría en encontrar al amigo. En efecto, algunos minutos después sorprendía al pintor y á Isabel sentados á la sombra en un claro del bosque.

En el momento en que Isabel vió á Daniel Seghers, se levantó precipitadamente, y dijo á Cornelio:—¡Huyamos!—Porque, pensó, si se detiene con nosotros, nuestra soledad se verá profanada.

¡Pero ay! Cornelio Schut tendió la mano á su antiguo amigo; hablaron de Amberes, y Cornelio Schut suspiró.

—Qué, dijo Daniel Seghers, debéis ser muy dichoso cuando no habéis venido á gozar de vuestra gloria; porque sin duda, no sabéis que vuestras dos *Asunciones* son admiradas de todo el mundo. Se os cree en Roma; pero si se supiese vuestro escondite, vendrían á buscaros en triunfo.

Cuando el pintor y su querida se vieron de nuevo solos, se miraron tristemente.

—Isabel, y permaneceremos aún aquí ocho meses sin regresar... donde la vida nos espera con fiestas innumerables?

—¡Marchaos! dijo Isabel, queriendo ocultar sus lágrimas.

Conmovido por tanto amor, Cornelio Schut olvidó á Amberes, sus amigos y su fama.

—Partir, partir sin tí... ¡Jamás!

Pasó el tiempo, pero más despacio; ya no se cantaba, ya no se corría; al ver esto, el perro mismo se puso triste. De vez en cuando ensayaba sus saltos y sus alegres carreras, pero en breve recaía en su humor taciturno.

Al fin los últimos días de soledad iban á tener término.

En su alegría de volver á ver á sus amigos, el pintor no se apercibió de que Isabel se tornaba pálida y desmejorada; sin embargo, siempre tenía para él su tierna y encantadora sonrisa. La víspera de la marcha le rogó que atravesasen una vez más los senderos más queridos del bosque en que tantas veces se habían perdido. Ella se asió de su brazo, y marcharon silenciosamente. Era un hermoso día de Agosto: las alegres mieses resplandecían sobre la tierra; los silbidos del mirlo respondían en los bosques á los silbidos de la hoz en los centenos.

—¡Qué hermoso día! exclamó entusiasmado Cornelio Schut; tengo el presentimiento de que hemos de pasar aún aquí muy agradables horas.

La naturaleza no me ha hablado nunca con tanta poesía. Isabel, ya lo veis, nuestro amor no envejece.

(Concluirá en el número próximo.)

LO QUE VE LA VECINA

Ven ustedes á D.^a Pepita, esa jamona de cincuenta y cinco abriles que pasea á sus hijas por calles y plazas, exhibiéndolas en teatros, tertulias y cafés, aderezadas como muñecas de los almacenes del *Printemps* de París?

Pues no tiene un cuarto.

Vamos á ver: ¿qué se propone D.^a Pepita?

Pues D.^a Pepita se propone buscar un par de marqueses ó un par de banqueros á sus hijas.

Porque es lo que ella dice:

—Para que se casen con un abogodillo como su padre, cuando de mil, uno hace fortuna, ó con un mediquete de esos que no tienen coche, ni siquiera pueden llegar á ser alcaldes, ó con un oficialillo que tiene sobre sí en el escalafón toda la escala de Jacob, sin ángeles ni querubines, para eso bien se están solteras.

Y D.^a Pepita, fuerte en su propósito de dotar á sus hijas de maridos chapados en monedas de á cinco duros, no repara en pelillos, y entra á diario con *el sable* desenvainado en tiendas y joyerías y... yo he visto algunos, ocupa ella sola en los libros de mostrador, más espacio, que ocupar podría, manuscrita, una lista de electores en tiempo de sufragio universal.

¡Valiente D.^a Pepita!

Pero más valientes los que se atreven á poner á su disposición las estanterías, para que las saquee á su gusto, no existiendo antecedentes de que jamás haya pagado una cuenta.

¡Luego, esos trapicheos que me arma, digo, á mí no, á quien los arme, y que son su fuerte, para eso de hacer cambiar á sus hijas de color como los camaleones, y de formas como los gusanos de seda!

El vestido de gro negro del invierno se convierte en azul pálido en primavera, mediante una dormida de ocho meses en la agencia de préstamos. Costó cincuenta duros; se tomaron quince, se les agrega otros quince del medallón que admiraron los concurrentes al teatro, y que pasa á ese Biarritz, donde veranea todo el *atrezzo* de invierno, y se paga algo de la cuenta en la casa de comercio, que no tiene dificultad, ante aquella manifestación de la buena fe que anima á la *marchanta*, en dar otro ú otros cortes de vestidos primaverales.

La tienda, la revendedora y la agencia, son los tres grandes auxiliares para ayudar á la conquista de un marqués *memo* ó de un banquero *chiflado*.

Hay mujeres que tienen furor por las transacciones comerciales, y duquesa conozco yo que daría lecciones á D.^a Pepita, que es cuanto hay que decir.

Eso sí, D.^a Pepita no permite que sus hijas se pon-

LOS GUANTES DE LA SEÑA MARÍA ENGRACIA



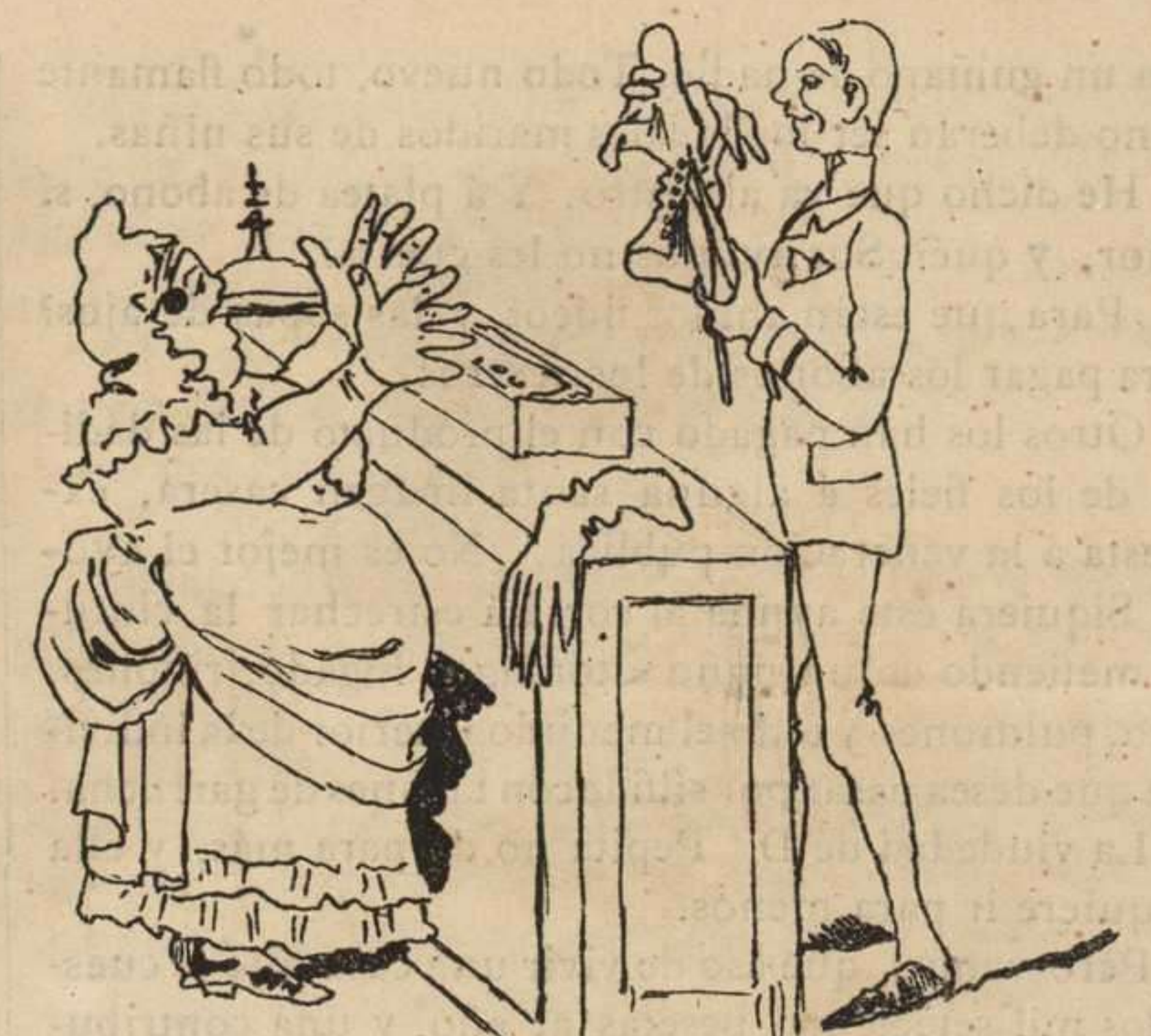
—¿Hay guantes pa mí de manoplio?
—¡Puede!



—¿A ver la manecita, prenda?
—¡Buena marca! 25 centímetros por 12.



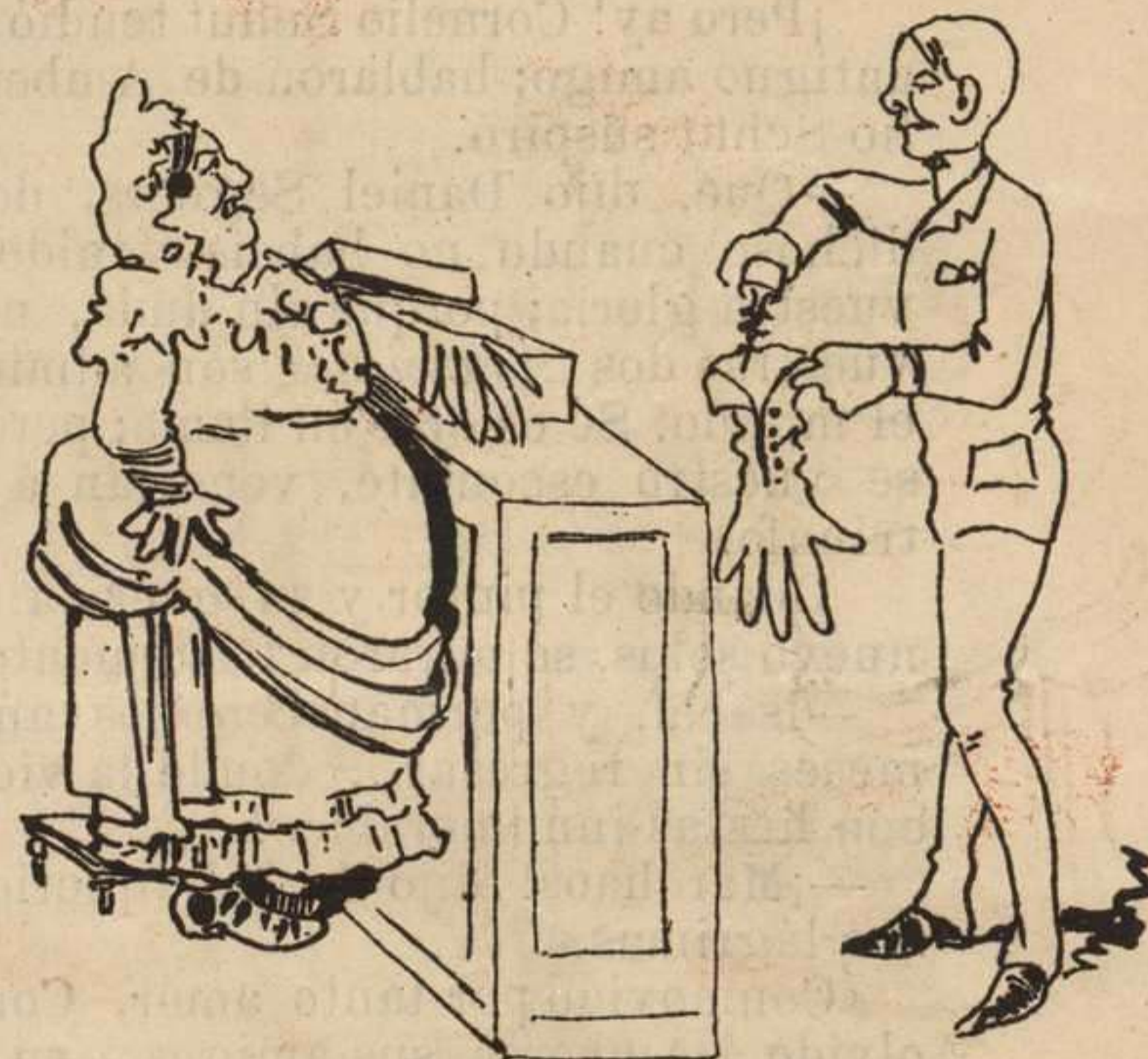
—¿No los tiene Vd. verdes?
—Aquí los tiene Vd., pero será preciso ensancharlos...



—¡Eh! que los va Vd. á romper y yo no lo pago.



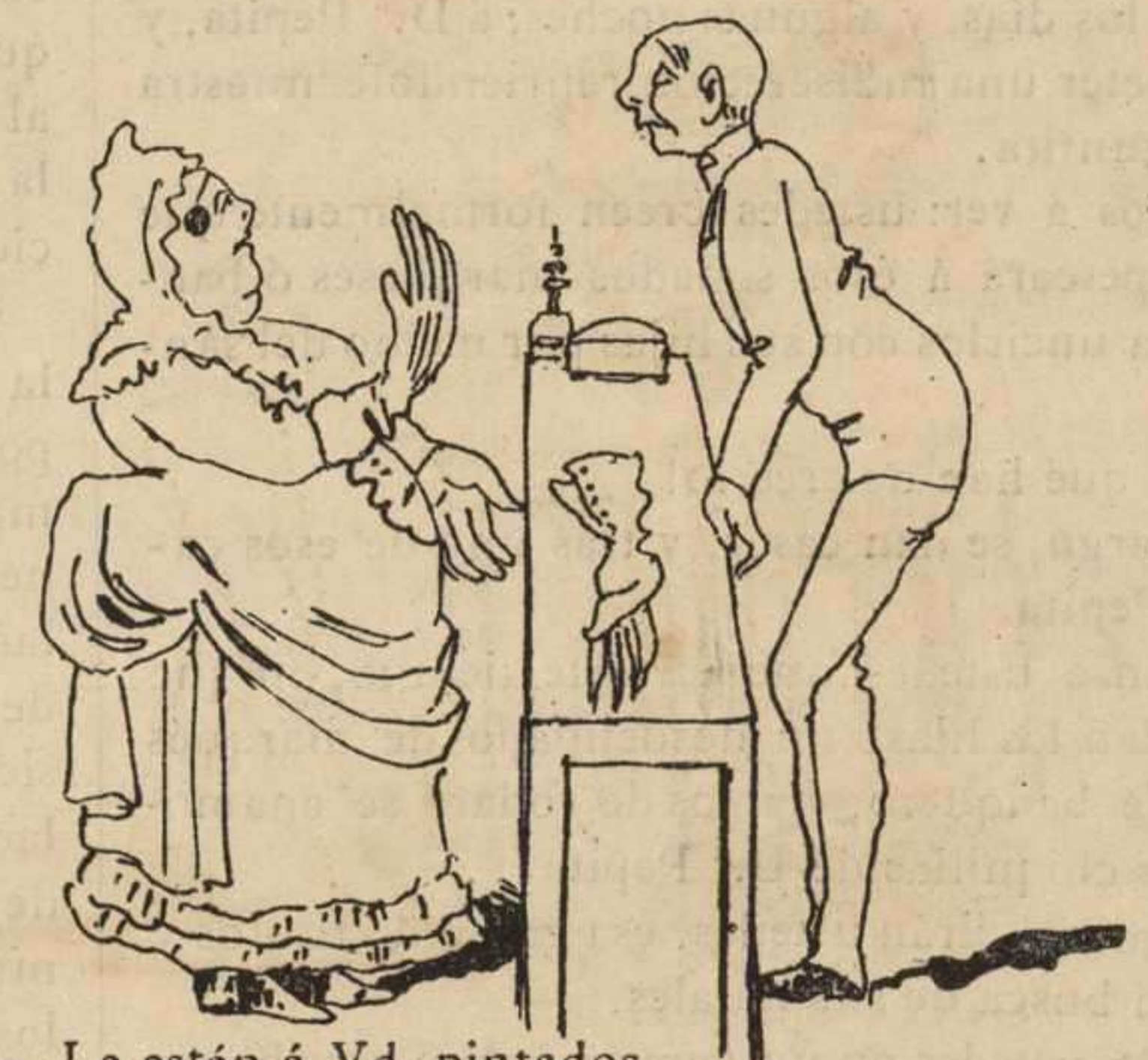
—¡Me están fastidiando!
—Señora, pero si tiene Vd. dos dedos metidos en cada dedil.



—Les echaremos un polvito, ¿eh?



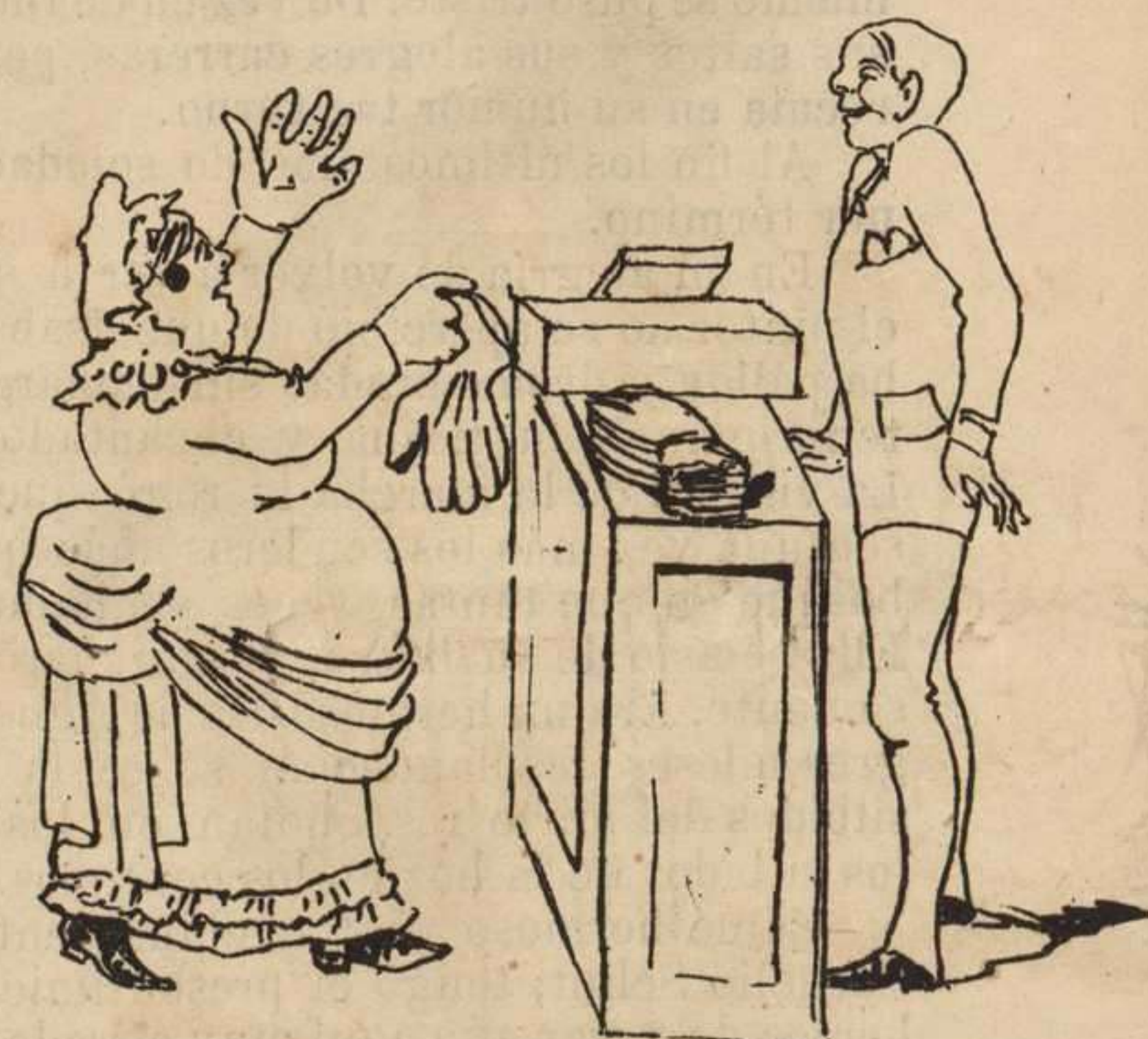
—Hombre, pero eso no es un polvito; eso es un amino rial.



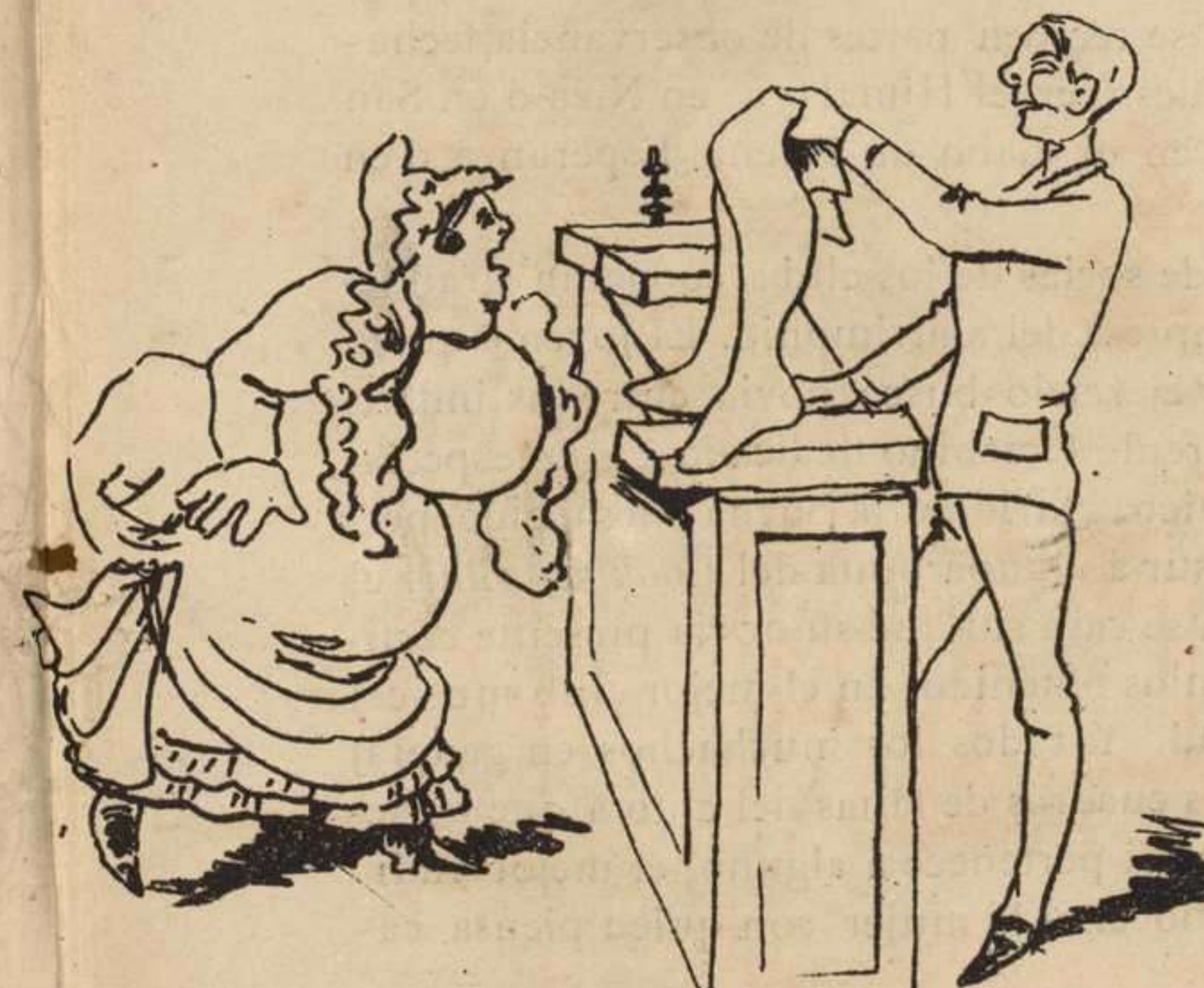
—Le están á Vd. pintados.
—¡Pues si parece una mano de maera. ...



—Yo quiero unos guantes con que puea hacer así, así.



—¡Pero estos son guantes de carabinero!
—Verdes... y anchos, como Vd. los ha pedido...



—Pues como no quiera Vd. ponerse esto por guantes...



—¿Se va Vd. á burlar de mí? Pues tome usted guantes y calcetas.

gán un guiñapo de nadie. Todo nuevo, todo flamante como deberán ser los ideales maridos de sus niñas.

He dicho que va al teatro. Y á platea de abono, sí señor, ¿y qué? ¿Sus ayunos no les cuesta?

¿Para qué están ahí los fideos y las sopas de ajos? Para pagar los abonos de los teatros.

Otros los han pagado con el producto de las dádivas de los fieles á alguna santa imagen casera, expuesta á la veneración pública. ¿No es mejor el ayuno? Siquiera éste ayuda al corsé á estrechar la cintura, metiendo en un puño estómago, hígado, riñones, bazo, pulmones y todo el menudo interior de la individuo que desea pasar por sílfide con tacones de garrucha.

La viudedad de D.^a Pepita no da para más, y ella no quiere ir para menos.

Pero vamos, que eso de vivir una casa que le cuesta dos mil setecientas pesetas al año, y una contribución de la sal que asusta, no es para fingido.

Eso, eso... verá usted: esos son secretos caseros ó... del casero, á quien no se lo preguntaremos, porque visita todos los días, y algunas noches, á D.^a Pepita, y podría cometer una indiscreción refiriéndole nuestra ociosa preguntita.

¿Y, vamos á ver: ustedes creen formalmente que D.^a Pepita pescará á esos soñados marqueses ó banqueros, para uncirlos con sus hijas por medio del santo yugo?

¡Ustedes qué han de creerlo!

Sin embargo, se dan casos, y tras uno de esos casos va D.^a Pepita.

Supónganse ustedes que en este tiempo, en que tanto abundan los lilas, un desocupado de marqués ó un hijo de banquero, hartos de rodar, se enamoran de las chiquillas de D.^a Pepita...

—¡Cá hombre! dirán ustedes, esa gente de títulos y dinero va en busca de sus iguales.

Pues están ustedes en un *herror*, como escribe un literato progresista que yo conozco. Un marqués ó un banquero, se mercan una mujer bonita, y que huela bien, como se mercan una cadena de reloj ó una petaca de piel de Rusia: por lujo. Y como los marqueses y los banqueros no van á buscar á domicilio las chicas guapas, las pillan donde suelen pillarse las pulmonías: en medio de la calle. Y como allí no se huele á fideos ni á sopa de ajo, hé aquí por qué D.^a Pepita ventila de continuo á sus hijas, esperando que caiga algun pájaro de cuenta.

Lo que puede tenerse seguro es que no dará con ningun hombre de talento, porque esos suelen desear ver más de LO QUE VE LA VECINA.

LOS CLUBS DE MUJERES

(DE UN ARTÍCULO DE WANDERER)

Entre los mil anuncios que por este tiempo se publican en Inglaterra hay uno que trata exclusivamente de los clubs de mujeres.

Los clubs femeninos son numerosísimos en el Reino Unido. Los hay que tienen por objeto la lectura, otros son musicales, en otros se dibuja ó se pinta, en muchos no se hace más que discutir y practicar el noble arte de la cocina. En algunos la misión de las socias consiste en escribir artículos sobre temas convenidos y en sufrir la lectura de los premiados. Unos prohíben á sus asociadas la lectura de periódicos y de novelas y otros han sido creados para fomentar la literatura ligera y de entretenimiento. Hay alguno que publica todos los meses un tomo con las mejores obras escritas por las individuos del club: muchos publican boletines dando cuenta de sus sesiones.

Uno de estos clubs se denomina francamente *Blue-Stockings Club* (Club de las Medias Azules, es decir, de las pedantes) y se ocupa en discutir graves problemas científicos, filosóficos y literarios: es una especie de Ateneo femenino.

En otros, las asociadas contraen el solemnísimo compromiso de acostarse y de levantarse á las horas que señala el calendario del Club; ó de no bailar; ó al contrario, de bailar tantas horas, cuando menos, á la semana; ó de hacer cierto número de horas de ejercicio al día, haga el tiempo que quiera.

Estos clubs celebran una, dos ó más sesiones á la semana, según su objeto. Tienen reglas espartanas, por lo severas, reglas que las socias cumplen con la mayor fidelidad. En los clubs que imponen obligaciones, como la de levantarse á las siete en verano y las siete y treinta en invierno, ó la de hacer dos horas de ejercicio al día, ó la de tocar tantas horas de música seria á la semana, las faltas tienen que ser reveladas por las mismas delincuentes, y éstas nunca dejan de hacerlo. Hay premios para animar á las socias y multas y «cuadros negros» para intimidarlas. Todos los meses, las socias pasan á la secretaría del Círculo un estado minucioso revelando día por día cómo han cumplido las obligaciones impuestas por la Asociación, y acompañando el importe de las multas, si han cometido faltas. Ninguna olvida este requisito, ni aun cuando está de viaje. Así es que en las secretarías de estos clubs se reciben partes de observancia fechados en los Andes ó en el Himalaya, en Niza ó en San Petersburgo, en el Cabo de Buena Esperanza ó en Spitzberga.

Las listas de socias de los clubs cooperan grandemente á la empresa del matrimonio. El joven á quien le gusta hacer ejercicio busca novia entre las individuos de un círculo femenino dedicado á esta especialidad; el que tiene afición á la buena mesa pide permiso para asistir á alguna junta del *Cooking Club*; el melomano no se casa sin que su novia presente certificados y premios obtenidos en el mejor club musical de la localidad. Y todos los muchachos en general tienen, con los cuadros de faltas del club á que pertenece su futura, si pertenece á alguno, el mejor indicador para conocer si la mujer con quien piensa ca-

sarse es de carácter débil ó fuerte, propensa á faltar á sus obligaciones ó llena de voluntad y de energía.

Los clubs femeninos son una venganza de las mujeres. Viendo que los hombres pasan las noches en el casino y en el círculo, ellas han querido imitarlos. Pero mientras los hombres pierden el tiempo ó se crean vicios, ellas van al club á fortalecer alguna virtud.

Saludamos con respeto la institución de los clubs de mujeres.

COQUETERÍA

UN CONSEJO Á LAS JÓVENES

por ELISA R...

(Continuacion)

Pero aún no se había extinguido el eco de la última, cuando apareció por entre los plátanos un negrillo de unos quince años, de fisonomía astuta y burlesca, que se dirigió á Eugenia haciendo gestos y encogiéndose de hombros, entre los que desaparecía su lanuda cabeza.

Eugenia se incorporó en la hamaca con ansiedad.

—Amita, dijo el negro en tono misterioso; D. Luis irá al baile.

—¿Bien, y D. Carlos?

—Me ha preguntado si iba D. Luis, yo le he dicho que nó, porque esta noche partía á Matanzas.

—¿Y dónde le has visto?

—A un tiro de escopeta de la quinta de la señorita Teresa, de donde acababa de salir. Cuando me vió, dirigió hacia mí su caballo y me dijo que le siguiese. Dió la vuelta á la tapia del ingenio de D. Lucas, y apeándose en medio de los algodonereros que hay á la parte allá de la acequia grande, se sentó en un poyo y me hizo sentar á sus pies.

—¿Va Eugenia al baile del General? me dijo.

—Creo que sí, mi amo, le contesté.

—Pues es preciso que yo lo sepa con seguridad.

—La señorita ha recibido un vestido nuevo esta mañana y algunos adornos.

—¿Entonces, no hay duda! exclamó lleno de alegría, mientras arrancaba esta rosa silvestre de un rosal inmediato. Toma, me dijo, dale esta flor y dile que deseo verla entre sus cabellos esta noche. Después me entregó este bolsillo con diez pesos fuertes, que mandaré á mamita cuando venga el negro Juan del ingenio de Yucamajara.

—Bien, dijo Eugenia, yo te daré otros diez mañana. Cuéntame ahora cómo has hecho para que don Luis desista de su viaje y vaya al baile.

—Es muy sencillo. D. Luis no me conoce, como sabe amita; le encontré paseando por la plaza de armas, acerqueme á él, y le dije muy bajito, tirándole de la casaca:

Me encargan diga á su mercé, que si piensa ir al baile del capitán general, que no vaya, porque allí le espera un gran peligro.

Eugenia se echó á reír.

—Que gran trápala eres, dijo al negrito, que se sonreía enseñando sus dientes blancos y agudos.

—¿Hice mal, amita?

—Nó, nó; continúa.

—¡Hola! dijo D. Luis. ¿Conque un peligro, eh? ¿Y quién es esa caritativa persona que así se interesa por mí?

—Un amigo de su mercé, dije yo.

—Pues, dile á mi amigo, que le agradezco su interés; pero que si realmente me espera en el baile un peligro, él tendrá la culpa de que me acontezca, porque, con su aviso, me ha hecho entrar en ganas de ir.

—No vaya su mercé, señor, insistí yo.

—Anda, niño, me respondió, ve á decir esto á mi amigo.

—Yo eché á correr, seguro de que iría.

—¡Eres una prenda! exclamó Eugenia, acariciando con la punta de los dedos la mejilla del negrillo; diez pesos más por tu habilidad.

El negro tomó la mano de la joven ama, é imprimió en ella sus gruesos labios.

Una voz fresca y juvenil se oyó á corta distancia llamando á Eugenia, y un instante después, se presentaba en la especie de patio donde estaba ésta, una joven de su misma edad, pero de constitución más endeble que la arrogante coqueta.

Venía seguida de una mulata, que traía una bandeja de mimbres con un ligero traje de tul y un adorno de flores artificiales encima.

—¡Teresa! exclamó Eugenia, arrojándose de la hamaca y yendo á abrazar á la joven.

—Vengo, dijo ésta correspondiendo á los halagos de su amiga, á ver si vas al baile, y en tal caso, á acabarme de vestir aquí para que vayamos juntas, porque mamá está muy cansada y no tiene ganas de ir.

—¡Oh! y cuánto me alegro, contestó Eugenia con falsa sonrisa, y volviendo á abrazar á Teresa; sí, sí, voy, amiga mía.

—Yo también me alegro; pero... ¿qué veo? ¡aún no estás peinada! ¡qué perezosa!... mira yo, ¿te gusta este peinado?

—Encantador; está... á la última moda, contestó con sarcástica sonrisa.

—No te burles, Eugenia; si sabes que no tengo la habilidad que tú para hacerme esos peinados tan nuevos y de tanto gusto...

—No, hija mía, no me burlo. La que va con la moda, va siempre bien; la que como yo se aparta de ella, es la que puede temer la crítica, aunque á mí bien poco me importa.

—Tú siempre estás hermosa, Eugenia. ¡Oh! si vieses cuánto te admiró... Dí, ¿me pondrás este adorno,



Toca de paño ó terciopelo, guarnecida de astrakan; 6,75 francos y el 25 por 100.



Visita de capriho, de terciopelo, guarnecida de marabout entrelazado (65 francos en los almacenes del Printemps y el 25 por 100 más puesta en España á domicilio).



Toca Luis XV de terciopelo y lazos de gró; 8,75 francos y el 25 por 100.

verdad? Tienes tanto acierto en colocarte tus flores; ¿Qué adornos vas llevar?

—Este.

—¿Cómo? ¡esa rosa tan fea!

—Pero, de gran valor para mí.

—Te la habrá regalado Luis; como sabe que eres tan caprichosa... en tus adornos.

—Te equivocas, es otro.

—¡Ah!

—Sí, amiga mía, es un presente que, además que por lo extraño, me agrada por ser de una persona que hace poco me detestaba cordialmente.

—Pero, amando á Luis...

—¿Amar? ¡já! ¡já! ¡já!... conquere... ¡amar! ¿Si seré como tú, pobre angelito, que adoras á tu Carlos con esa fe, que á la verdad te envidio, pero que yo no puedo tener?

—¿Y por qué, Eugenia? ¿Por qué no has de dar cabida en tu corazón á ese purísimo cariño que constituye la felicidad de toda la vida?

—¡Pobre Teresa! no sabes lo que son los hombres.

—¿Todos?

—Todos; amará uno á una mujer, ó creará amarla con toda su alma, y le será infiel desde el momento en que se atraviese en su camino otra que sepa rescatarle con arte de los brazos de su adorada.

—¡Oh! Carlos no sería capaz, exclamó con seguridad la cándida doncella.

—¿Quieres que te lo pruebe?

—¿El qué?

—¿Qué ha de ser? Que Carlos pudiera engañarte.

—Imposible.

—¡Imposible! mira, ¿ves esta rosa?

—Sí.

—Es hermosa en su clase, ¿verdad? Sus delicadas hojas parece que no pueden dar cabida en su seno sino á la sencilla mariposa; pues bien, ¿crees tú sea

posible que la confiada mano que la desprendiese de su tallo pudiera sentir el vivo aguijón del aspid que reposaba en su interior?

—Es muy posible.

—¿Y quién te dice que el hombre á quien amas con tan ciega idolatría, y cuyo corazón crees no puede abrigar más amor que el tuyo, no contenga un veneno más mortífero que el del aspid de la rosa?

—¡Oh! no; Carlos me ha dicho que me ama, y no me engaña. Cuando hace días le veía taciturno y triste, por no sé que desgraciado negocio, le pregunté si este revés tendría influencia en su amor, y me respondió más tierno que nunca que yo era el único bálsamo que curaba sus heridas. Después he seguido viéndole triste y distraído; pero he respetado sus dolores sin molestarle con importunas preguntas, segura de que mi amor acabaría por vencer su melancolía.

—¿Y tú has creído esa desgracia, y le has compadecido? ¡pobre inocente! ¿Y si Carlos amase á otra?

—¡Amar á otra mujer!... exclamó palideciendo y estremeciéndose á esta sola idea Teresa.

—Sí, sí, á otra mujer.

—Entonces, sería preciso confesar que el amor es una mentira.

(Continuará).

ALFABETO ILUSTRADO

Bonito libro para regalos de niños, con infinidad de cromos, que puede servir para aprender á leer sin necesidad de profesor.

Precio: UN real

Al comercio, DOS PESETAS la docena, franco de porte. Los pedidos remitiendo el importe en libranzas, á D. Guillermo Osler, Espíritu-Santo, 18.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

